

DESDE LONDRES

FERNANDO DEL PASO

LA DÉCADA DEL DIABLO

Epoca *sandwich*, emparedada entre la gran depresión de 1929 y los comienzos de la Segunda Guerra Mundial, los años treinta han sido comparados con la feliz, inconsciente travesía del *Titanic* rumbo al desastre: la banda tocó hasta los últimos momentos, como si nada estuviera pasando, y Neville Chamberlain anunció el advenimiento de una nueva era de paz, como si nada hubiera sucedido. Como si Guernica no hubiera sido bombardeada un año antes, como si Mussolini no hubiera invadido Abisinia. Pero cerrar los ojos ante el fracaso de la conferencia internacional sobre el desarme y ante la frecuencia de las manifestaciones profascistas en las capitales europeas, ignorar el exilio de Sigmund Freud y Thomas Mann entre tantos otros, poner oídos sordos a las bombas italianas que caían sobre Barcelona o a la destrucción y saqueo de los escaparates de los comercios judíos de Berlín en la tristemente célebre *Krystalnacht*, restarle importancia a declaraciones como las hechas por la *Royal Academy of Arts* de Gran Bretaña, que se negó a exhibir pinturas antibélicas por considerarlas "pasadas de moda", todas estas actitudes reflejaban desde luego la ansiedad por vivir en una sociedad invulnerable al hundimiento final. Pero había algo más: el temor, —por parte de una clase media nueva y más poderosa— a perder los privilegios, las comodidades, los espejismos con que los regalaba una nueva fase de la revolución industrial. Porque fue también la década de los años treinta cuando apareció

el Ford de 8 cilindros que podía adquirirse por cien libras esterlinas. Lo que es más, fue en esa época cuando en los Estados Unidos y Europa se iniciaron los sistemas de ventas a plazo, que comenzaron a permitir al pequeño burgués comprar a crédito ese automóvil Ford que había en su futuro, así como casas, muebles y toda clase de aparatos domésticos. Las masas, incapaces de rebelarse siquiera contra las maniobras de las nuevas ciencias del mercadeo y la publicidad —*La rebelión de las masas* de Ortega aparece por cierto en 1930— se dejan fascinar por los gabinetes de baquelita de los radios de Ekco, por los nuevos y audaces colores de los automóviles, por el cine, por las vacaciones fuera del país, por la calefacción central, por los posters de Shell, por el *Blue Bird* de Malcom Campell que en Daytona Beach, Florida, rompe en 1931 el récord mundial de velocidad sobre tierra.

Una maqueta de dimensiones espectaculares de la catedral de Liverpool del arquitecto Edwin Luytens, y la escultura *Génesis* de Jacob Epstein —una especie de *Demoiselle* de Aviñón a punto de dar a luz—, es lo primero que epata al espectador en la fantástica exposición que la Galería Hayward de Londres dedica al "Arte y Diseño Británicos de los Años Treinta". Después, y a medida que se recorren los innumerables salones y las páginas del espléndido catálogo, las sorpresas son tan abundantes como la diversidad de objetos: mue-



bles, relojes, vajillas, lámparas, latas de conservas, *comics*, estampillas postales, fotografías, chimeneas, puertas, pinturas, paneles bordados, manteles y cortinas, un modelo del automóvil de Campbell, el baño entero que Paul Nash diseñó para la bailarina Tilly Losch, un "apartamento" de la época reconstruido hasta en sus mínimos detalles, libros y revistas, etc., etc. Por supuesto, por limitarse a lo británico, esta exposición es incompleta y tiene un marcado sabor local que subraya algunas trivialidades. Pero por la misma razón, destaca algunas de las contribuciones inglesas más notables de la década. El primer caso queda ilustrado por la importancia que se da al diseño arquitectónico de la alberca de los pingüinos del zoológico de Londres. El segundo, por la trascendencia que tuvo un acontecimiento relacionado con otra clase de pingüinos: la aparición, en los años treinta, del primer libro *Penguin*, el "Ariel" de André Maurois. A esto se agrega, naturalmente, las muestras de algunos de los artistas británicos más valiosos de esa década, unos muertos hace tiempo y otros todavía vivos y creando, como Francis Bacon, Henry Moore, Ben Nicholson, el propio Epstein, Barbara Hepworth y Stanley Spencer.

Con los años veinte, dicen unos, se evapora la confianza económica y estética, hecho que se refleja en la pobreza de la arquitectura inglesa. Otros, señalan que el fenómeno se remonta a más de un siglo. El caso es que la arquitectura de la década no deja casi huella en la Gran Bretaña. En un momento dado, pareció que no sería así, ya que varios eminentes escultores y arquitectos —Gropius, Naum Gabó entre otros— se exiliaron en Londres. Pero su estancia duró poco, y se siguieron de largo. El modernismo se explayó, más que en ninguna otra parte, en las salas de cine: en la famosa cadena de cines *Odeon*, por ejemplo, único lugar o casi donde el público se permitía tolerar y quizás hasta admirar esas expresiones de Art Deco trasnochado que no dejaban, por supuesto, de tener su encanto... Las oficinas de la empresa de Hay's Wharf son una bella excepción, y hay otras cuantas. Por su parte el catálogo, en el que se publican ensayos sobre los diversos aspectos de la exposición, se encarga de contarnos los pleitos entre los artistas y críticos. Kenneth Clark dijo que el arte abstracto tenía "el defecto fatal de la pureza". Herbert Read respondió que todo buen artista "era hasta cierto grado un artista abstracto". Y mientras Anthony Blunt —que como acaba de saberse también se



daba tiempo y mañas para espiar en favor de los rusos— acusaba a los pintores abstractos de haber perdido todo contacto con el proletariado, Eric Gill insistía en que los pintores no debían considerarse a sí mismos como videntes sino como abarroteros, ya que lo bello, decía, “es una especie de mercancía y no una especie de verdad”. Las latas de conservas, en tanto, se volvían menos abstractas: había llegado la época en que, para la alegría y seducción de las amas de casa, se comenzó a incorporar al diseño exterior de la etiqueta un dibujo o una fotografía que ilustraba el contenido, o lo que con él se podía hacer... Interesantes, por otra parte, las referencias a ese pequeño florecimiento de la pintura mural en Inglaterra —en salones de baile, gimnasios, restaurantes y cines— y en la que destacan los frescos que el Conde de Huntingdon, en un tiempo asistente de Diego Rivera, hizo para el Karl Marx Memorial Colleg de Clerkenwell Green.

Lo que brilla por su ausencia, como dijimos antes, es la inminencia de la Gran Guerra. Hay, es verdad, fotografías del Príncipe de Gales —después Eduardo Octavo y luego Duque de Windsor—, en sus visitas a las zonas más pobres del país, y referencias a los millones de desempleados. Hay revistas que reproducen a los dictadores y militares gesticulantes del Continente, o que muestran a las mujeres combatiendo en España. Hay ejemplares de las obras de Wells, de la primera edición de *Brave New World* de Huxley. Pero las armas creadas en los años treinta están ausentes: era una época de buenas conciencias, en que todavía se fabricaban máquinas con amor, en la que todavía la gente no había aprendido a contemplar el cielo con miedo. Por eso, por lo delusoria que fue esa década, se le llamó también La Década del Diablo.

DISPARATARIO

POR
CARLOS ILLESCAS

LAS CASAS ABANDONADAS SUBLIMACION DE EXILIO

A veces hay perfumes que hallan toda materia porosa. Se diría que penetran el vidrio.

Baudelaire

Las casas abandonadas mueven la tristeza profunda. Esta experiencia es válida para melancólicos incurables y para optimistas compulsivos. Nadie, a su vista, puede conservar la tranquilidad del ánimo, así se trate de desalmados no instruidos en cosas del espíritu o wagnerianos que han hecho del estruendo la razón de su existir placentero.

Recorrerlas adquiere ignotos significados. Todo cuanto en ellas habitó un día dejaría impresas —invidentes huellas de silencio— transparencias simuladas por ecos antiguos, acedidos del polvo. Y como en ellas nadie avanza ni nada retrocede, los pasos perdidos se conceden a sí propios la condición de ser levitación pura. El movimiento comparece sólo sugiriendo pero nunca realizado por alguien que acabara de desplomarse.

Sobre las paredes, ahora testigos

de nadie, el debate entre la luz solar y los rayos lunares imprime su voluntad de estilo; se efectúa imponiendo colores que improvisa la anemia. En dicho clima alcanza a distinguirse la exhumación de una tos sofocada, emitida por un intruso que deseó silenciarla cubriéndose la boca con el pañuelo. Es el debate, sobre todo, intento de coloración y no color resuelto. Aquí resulta ancianidad el tono que ha renunciado a ser él mismo; no es presencia del azul que tú conoces y que, falto de inmensidad, omite la vida: ha renunciado al sexo conferido por las vibraciones que prescriben la energía cósmica, alimento de los colores. Calor, llama, brasa, rescoldo, no los habitan en las casas agonizantes, por ello devienen espíritus fuera de espacio, sin filiación posible.

La luna, sobre todo, conlleva al desastre. Así enlace al sol durante los días más radiantes, nunca dejará de conceder las infinitas sombras de estas casas la infinita frialdad que, a la postre, la esteriliza. Ella recorre, merced a pasos breves, los rincones cercanos; también los resquicios altos, tramos de escaleras que han cesado de crujir a fin de revelarnos pisadas de alguien cuyo nombre no es diferente a la atmósfera seca, acribillada de rumores. Habrá de reanimar su obsesión deambulatoria porque a partir de este momento muchas cosas podrían engolosinarla; nunca ha sido indiferente a observarse en los espejos; ellos son, a estas alturas, el único ojo vivo que vela los sueños sin salida de las casas abandonadas. Pero entendámonos, la luna profundizará con tanto ahínco a los llamados del narcisismo, que nunca logrará escapar del fondo del espejo propuesto como cárcel de sus gelideces; además, testigo de los desmayantes suicidios tras imágenes perdidas en la imagen de su imagen.

El sanguinoso sol, en cambio, se esmera en ser definitivo. Penetrar en las casas abandonadas como un forastero hiperbólico. Se instalará sin acatar cánones y ruegos sobre objetos imaginarios aunque no menos reales. Su muerte ha sido permanecer largamente preteridos. En ellos no indagará colores pero sí sonidos. Y ya en posesión de las sombras ideales proyectadas por los objetos alegóricos y rumorantes, sugeriría, ensismados en el humo de su pipa, temas melódicos, paranomasias como historias de naufragios, dichas sin aspavientos por marineros bostezantes.

Aquí el sol transforma el continuo fluir del tiempo con el tañido de sus arpados rayos; recorre las eternas es-